

LA SEÑAL
DEL BURRO

PREMIO NACIONAL DE TESTIMONIO

CHIHUAHUA

2008

LA SEÑAL DEL BURRO

por

Luis Fernando Rodríguez Torres



*F*ICTICIA

MÉXICO

2009

LA SEÑAL DEL BURRO

Premio Nacional de Testimonio, Chihuahua, 2008.

Jurado: Fabrizio Mejía Madrid, Mauricio Carrera y Josefina Estrada.

D.R. © Luis Fernando Rodríguez Torres

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Imagen de portada por Getty Images

General Photographic Agency/Stringer

Gas Attack (detalle)

Ficticia Editorial

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Consejeros editoriales: Raúl José Santos Bernard y Mónica Villa

Sierra Fría 220

Col. Lomas de Chapultepec

Del. Miguel Hidalgo

11000, México D.F.

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Edición: marzo de 2009

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético, digital o cualquier otro, sin la previa autorización por escrito de los editores.

ISBN: 978-607-7693-00-0

Impreso y hecho en México

En memoria de Dominique.

Por el amor a Emiliano, a Maya, y a Omara.

Gracias a Shama.

COMO ES ARRIBA ES ABAJO COMO ES ABAJO ES ARRIBA

MI saxofón alto lleva más de veinte años acompañándome. Nunca he hecho propiamente música, pero por alguna razón, hasta la fecha, su presencia ha sido importante; siempre se acomoda como serpiente metálica en algún rincón en donde yo habite, parece tener en mi vida un significado mayor que lo que es en sí el objeto musical. Era invierno cuando lo compré en la ciudad de Florencia, en búsqueda de descubrir algún talento musical. En los años de práctica esporádica, use el sax como medio para relajarme; a través de sonidos profundos busqué y, a veces, encontré notas, que si bien no conozco, me provocaban una sensación agradable de alegría, paz y melancolía. Era como poder profundizar en la naturaleza de las cosas sin la necesidad de tener que pensar, ni de hacer uso de la palabra.

En el verano de 1991 en el puerto de Dubrovnik, en la Croacia que aún era parte de la antigua Yugoslavia, tocando mi sax una noche, creo haber sentido y entendido de una forma metafórica cómo las guerras en los Balcanes daban inicio.

Por la ventana del cuarto en donde nos hospedamos Pedro y yo, se salía a una pequeña bahía. A unos cincuenta metros al sur se alzaba inmensa la muralla de mármol blanco que abraza la antigua ciudad de Dubrovnik y, a

la misma distancia al norte, había un camino de piedra que conducía por una ladera a la parte alta de un parque público. Ahí subí esa noche: el espectáculo visual era inusual: una estremecedora tormenta de rayos sin lluvia no cesó por horas. Frente a ese fenómeno natural estuve haciendo sonidos con el sax; mi música, mis gritos al cielo. El mar Adriático parecía iluminado de una forma artificial, en el agua se reflejaba un azul eléctrico como si fuera el atardecer de otro sol, de uno oscuro y aterrador. No había nadie más en esa colina; los únicos posibles testigos eran los delfines que reinan en ese mar.

Al día siguiente en la oficina de turismo en Dubrovnik, a la que teníamos que acudir a diario para saber en qué momento era obligado salir del país, pregunté a la mujer que nos atendió sobre la tormenta de la noche anterior, ya que me había parecido algo más que simplemente electricidad desatada. Quería saber si, esa prolongación de rayos sin lluvia, era normal en la región. La mujer, como de cuarenta años, rubia, robusta, y seria, sumergida en los problemas de la guerra que se avecinaba, sin darle importancia a mi pregunta, no me respondió; insistí hasta que me dijo de mala gana:

—No, no fue algo normal y no recuerdo una noche así en mucho tiempo.

De una forma inexplicable sentí que, con esa gran tormenta iniciaba otro capítulo sangriento en los Balcanes. Los hombres ya nada podían hacer; los dioses desataban su furia en esas tierras en donde la historia ha moldeado miles de años. En los cielos se lidiaban batallas, la energía se sobrecargaba. El destino violento se escribía de nuevo para los eslavos del sur.

ESPERANTO

Pasaba por una crisis personal; tenía que entender algunos rincones funestos de mi realidad y, para eso, era perfecta la vida bohemia y de aventura que llevé por un tiempo con un grupo de amigos en el sur de Francia. Meses de buena compañía, sobreviviendo como pintores sin tener que pensar en el mañana, ni qué rumbo seguir, hasta que sentí la necesidad de hacer un viaje largo, sin destino determinado, ni tiempo específico. Quería ir hacia el este, alejarme de todo, de mí mismo: inventarme otro yo. Eran épocas de rigor, de madurez obligada, pero también de aprendizaje y de energías nuevas.

Pedro Rosenblueth, amigo mexicano de muchos años y parte de ese *gang* de pintores, se apuntó para hacer conmigo ese viaje. Él quería ir a Turquía, buscar trabajo con un tío suyo conocido con el apodo de Gino Mafioso, un millonario dueño de marinas en Bodrum y Marmaris, en el golfo de Kerme de la costa turca del mar Egeo. Salimos de Toulouse hacia Italia para, de ahí, llegar a Grecia, cruzar a Turquía y buscar al tío Gino. Luego veríamos si nos quedábamos a trabajar con él, o si seguiría yo solo mi viaje.

En vez de cruzar por Italia, decidimos hacerlo por Yugoslavia en busca de aventura. Sobre un mapa parecía casi lo mismo bajar por la costa del mar Adriático, ya sea por

el lado italiano, ya sea por el yugoslavo. Los dos conocíamos algo de Italia y esa parte oriental de la bota no es exactamente la más atractiva, así que preferimos bajar por Yugoslavia. Éramos ajenos o, más bien, ignorantes de la situación socio-política que surgía en esa zona de Europa.

En la estación de trenes de Milán nos advirtieron que era muy probable que se cerrara la frontera entre Italia y Yugoslavia. Se sabía que las repúblicas que integraban Yugoslavia declararían su independencia del poder central en Serbia. Por el deseo a lo desconocido, no le dimos mucha importancia a esas noticias que, pensamos, no tenían por qué afectarnos. De Milán nos dirigimos en tren a Trieste, una ciudad tranquila entre Italia y la Eslovenia aún yugoslava, pero en donde a sólo unos metros de la línea fronteriza estaba por iniciar el último conflicto bélico del siglo xx en Europa.

De la estación de trenes de Trieste un autobús nos llevaría a Rijeka, el primer poblado croata y puerto para viajar por el mar Adriático. En la frontera entre Italia y Eslovenia, dos oficiales rubios y altos, típicos de ese naciente país, desaparecieron con nuestros pasaportes después de haber revisado los documentos del resto de los pasajeros, gente local, italianos o yugoslavos que por diferentes razones tenían que cruzar la frontera en esos días críticos.

Minutos después, los oficiales volvieron para indicarnos que saliéramos del autobús y, con una cara de sorpresa casi cómica, nos preguntaron en inglés:

—¿Qué carajos hacen ustedes aquí?

No entendían por qué dos mexicanos deseaban cruzar como turistas ese país ya casi en guerra; para ellos no tenía sentido. La República de Eslovenia declaró en esos días su independencia de Yugoslavia; luchaba por ser otra nación europea e integrarse a una realidad que les correspondía

más con sus vecinos austriacos. Los oficiales eslovenos querían mandarnos de regreso a Italia; nos defendimos con todos los argumentos que pudimos y, después de una hora de discusión y con la presión de un autobús lleno de pasajeros acalorados y enojados, los aduaneros nos dejaron pasar sin terminar de entender, y ni realmente importarles, nuestra intención de cruzar en esos momentos el país. Tampoco nosotros sabíamos el porqué de nuestra terquedad, pero en poco tiempo nos dimos cuenta de lo absurdo de nuestra decisión.

Las carreteras, nos explicaron en Rijeka, ya no eran seguras. La mejor forma de transportarse hacia el sur era por mar. De Rijeka a Dubrovnik había que irse por la corona turística de Croacia, la costa de Dalmacia, ejemplo de balance en su desarrollo, comparándola con la de Rimini —también en ese mar— u otras costas en España y Francia deterioradas por la vertiginosa explotación de la Europa capitalista.

De Dubrovnik tendríamos que continuar por tierra, había que rodear Albania, cruzar la República de Montenegro y la región de Kosovo para llegar a Macedonia y, de ahí, por Tesalónica, dirigirnos al sur de Grecia; toda una odisea en medio de varias guerras que estaban por germinar.

Esa tarde antes de zarpar de Rijeka, sentados en una terraza tomando café, vimos en el periódico local una foto que mostraba al primer grupo de extranjeros desaparecidos, entre ellos, unos eran periodistas británicos. Al leer la nota confirmamos de nuevo nuestra ceguera. Nos habíamos metido a la boca del lobo y era tarde para remediarlo.

En el barco, la mayoría de pasajeros eran jóvenes croatas alejándose de lo que parecía inevitable; evadir por algunos días o semanas esa temerosa realidad que intuían cercana.

Intentamos conversar con ellos, pero eran pocas las respuestas. La noche que pasamos en el mar nos quedamos hasta tarde en el exterior del barco, hicimos amigos espontáneos que, con el vino y la noche estrellada, trataron de explicarnos lo difícil de la situación que vivían, y aseguraban que las cosas se pondrían peor. Por todo el país se extendía un silencio temeroso, mientras jóvenes y adultos se movilizaban para formar o fortalecer a sus ejércitos las piezas del tablero se acomodaban.

Después de la declaración de independencia de Eslovenia, el 25 de junio de 1991 —solo seis días después de que habíamos cruzado—, la independencia de Croacia era inminente y, de igual forma, la de Bosnia-Herzegovina.

Pensamos en quedarnos sólo un par de días en Dubrovnik; éramos casi los únicos extranjeros en esa hermosa ciudad milenaria, sólo había algunos visitantes nacionales: los miles de alemanes rosados por el sol mediterráneo desaparecieron por completo, como si una plaga hubiera atacado esa costa. A nosotros, como hipnotizados, nos atrajo la plaga que amenazaba: en el reloj de ese conflicto eran cinco minutos antes de la hora en la que los cañones del ejército serbio castigarían sin piedad a los separatistas, pero cada día que pasaba, más nos apegábamos a esa atmósfera y a esa histórica ciudad acostumbrada, desde las épocas del Imperio Romano y durante la Edad Media, a las luchas de los hombres por el poder. Se respiraba un aire misterioso; era como viajar en el tiempo a un momento frágil de la historia. Por la ausencia de turistas, en la parte antigua de Dubrovnik, al caminar en sus calles y callejones de mármol blanco pulido por el tiempo, se podía sentir más que nunca el pasado adherido a los muros de esa fortaleza y, al mismo tiempo, el futuro de violencia que acechaba, como olas gigantes que no cesan, la muralla.

Nos alojamos en una casa de huéspedes de una pareja de viejitos croatas; nos la recomendaron en la oficina de turismo. Nuestra habitación era como salida de un cuento. Frente a la ventana teníamos la vista de una pequeña bahía: el mar Adriático se extendía al fondo con un azul profundo, fue en donde salí con mi sax para subir al parque y quedar a una buena altura frente a la muralla Dubrovnik. Fue ahí que, con los sonidos de mi sax, pude unirme al concierto de truenos y relámpagos de aquella noche, cuando combatían ya las diferentes fuerzas de esas tierras.

Los dueños de la casita, convertida en hostel, nos recibieron en unísono con la frase:

—¡Hola, bienvenidos!

Nos explicaron en un inglés simple que ellos hablaban esperanto, idioma que creó el médico polaco Ludwing Zamenhof en 1887, y que en su época de apogeo en los años sesenta del siglo veinte, se pensó terminaría con las barreras de entendimiento lingüístico en la Torre de Babel, pero que sólo llegaron a hablarlo unos cientos de miles de personas en el mundo. No tardamos mucho en darnos cuenta de que nuestros caseros sólo sabían esa expresión, y la repetían cada vez que, camino a nuestro cuarto, cruzábamos su pequeña sala en la que, angustiados, veían todo el día las noticias. Intentaban ser amables con los únicos clientes que posiblemente tendrían en años.

Conocimos poca gente en Dubrovnik, pero gente interesante que les daba curiosidad el saber qué hacían ahí esos dos turistas perdidos. Uno de esos amigos difíciles de olvidar fue Milanko, un pianista que tocaba en un restaurante inmenso, con poca decoración, muy al estilo comunista. El sitio ofrecía un menú con pescado a buen precio, tenía una excelente vista al mar y quedaba cerca de nuestro hostel.

Milanko tocaba el piano con un entusiasmo como si las cerca de cincuenta mesas estuvieran llenas. Se sentó con nosotros un rato la primera noche; éramos los únicos clientes. Conversamos a gusto y nos invitó a regresar. Lo habíamos visto unos días antes por las calles del centro: era difícil no verlo, medía casi dos metros, corpulento, vestía todo de negro, tenía cabello rubio y largo. Era difícil adivinar su edad, parecía un hombre mayor y, en ocasiones, un jovencito. Andaba por los treinta años y nunca había fumado, ni tomado alcohol; quería viajar y tocar la música que, él decía, surgía en sus sueños. La única ocasión que salió de su país fue a un concurso internacional de jóvenes pianistas en Sicilia. Había músicos de todo el mundo que tenían que interpretar a un clásico; él lo hizo con una pieza de Chopin. No ganó, pero nos declaró con bastante humildad que lo confundió mucho los resultados: la mitad del jurado le dio la calificación más baja y, la otra mitad, la más alta.

La segunda noche que fuimos a escuchar a Milanko, nos invitó al día siguiente a conocer a su familia. Su hijastra era una niña preciosa de trece años, hija de Marija, su compañera, una rubia grande y amable que parecía una especie de vikinga mediterránea. Tenían una casa sencilla y agradable; estaba al fondo de un pequeño callejón: un minúsculo balcón frente al mar era su ventana al mundo.

Marija le preguntó en un tono sarcástico a Milanko por el pescado que traería esa tarde. Él le mostró las manos vacías en señal de que no hubo suerte y, en broma, ella se quejó con nosotros de que nunca traía nada cuando salía a pescar, mientras que él, en voz baja, nos decía que sólo iba por gusto y que los peces que picaban por montones los regresaba al mar.

Cuando tomábamos café, Milanko me ofreció sorprendentemente leerme la baraja de tarot, me explicó que se le daba naturalmente y que lo hacía por gusto. Acepté y, cual si se tratara de un genio salido de una botella, todo lo que me dijo se relacionaba con la realidad que vivía. Mis emociones del momento y motivos de mi alejamiento de casa, pero lo más impresionante fue cuando me aseguró que yo regresaría en repetidas ocasiones a esas tierras y, en un corto tiempo, me aclaró, viéndome fijamente a los ojos.

Esa lectura del tarot, que en principio podría parecer algo fácil de intuir, con los años resultó ser mucho más que una simple percepción.

No volvimos a ver a Milanko. Debimos dejar Dubrovnik y abandonar la Yugoslavia que iniciaba su desgarramiento. No llevábamos ni una semana en ese lugar y ya quería adoptarlo como mi hogar. Nos avisaron de la oficina de turismo que ningún extranjero podía quedarse por más tiempo; teníamos que ver la forma de viajar al sureste y llegar a la frontera con Grecia.

Era difícil hacer llamadas internacionales, pero ese último día pude hacer dos desde la oficina de turismo.

Una fue a Nueva York para avisarle, a la que era supuestamente mi novia, en donde estaba: habían pasado más de tres meses desde que me despedí de Cybelle en Nueva York, según yo, con dirección a la Ciudad de México, pero en el aeropuerto Kennedy decidí ir a Barcelona para alcanzar al Chado y a Pedro, amigos que estudiaban pintura en la Massana de Barcelona; fue de ahí que nos fuimos a trabajar al sur de Francia y, unos meses después, inicié ese viaje con Pedro por Yugoslavia.

La otra llamada que hice fue a Televisa. La televisora privada más grande de México, en la que ya había trabajado un año haciendo reportajes de temas internacionales.

Esa mañana, sin haberlo planeado, me surgió la inquietud de quedarme para reportear lo que pasaría en esas guerras independentistas. Lo que sentí en mi interior en ese viaje me afectó de una forma particular; después entendí el porqué estuve tan aislado de Pedro, quien tiempo después me confesaría que fue difícil convivir conmigo esos días, yo estaba en un trance personal, como si debiera reconocer algo que no podía ver frente a mí, y eso me tenía cautivado.

El jefe de corresponsales internacionales de Televisa, en ese entonces Adolfo Cervantes, era un buen tipo con el que ya había platicado tiempo atrás sobre mi deseo de ser algún día corresponsal. Me dijo que no era posible que me quedara en Yugoslavia reportando para ellos, que esa guerra se pondría fea y que ya habían mandado a un equipo desde México. También me preguntó hacia dónde me dirigía.

—Turquía —le dije.

Me pidió entonces que me comunicara cuando estuviera ahí, ya que no tenían corresponsal en ese país, y el canal “eco” de Televisa, que transmitía noticias en español las 24 horas del día a toda América y a parte de Europa y África, estaba en pleno crecimiento.

Quedé un poco decepcionado al no poder quedarme, pero seguro fue para mi suerte: lo había inventado de la nada, no tenía la experiencia suficiente y estaba muy joven.

Para salir de Dubrovnik no fue fácil encontrar transporte; era mucha la gente en la estación de autobuses: aun mezclados croatas, serbios y musulmanes; amigos y familiares que tenían que separarse, sabiendo que quizá no volverían a verse o que, en el peor de los casos, terminarían enfrentándose entre sí.

Al parecer el sistema de trenes ya estaba tomado por los estrategias militares y no era opción para nosotros. Después de un par de horas encontramos un autobús de civiles que nos llevaría a la frontera con Grecia. Viajamos toda la noche sin contratiempos, excepto por una situación algo cómica que se dio con un joven en el asiento atrás de nosotros. Le venía tocando la cabeza a Pedro, eran como caricias torpes de juego, pero nos estaba haciendo enojar; era de noche y no queríamos tener un pleito. Después de un rato dejó de hacerlo y pudimos dormir. Un par de horas más tarde el autobús se detuvo en seco a la mitad de la nada; el chofer, un hombre enorme, se levantó de su asiento y se dirigió hacia mí. Yo, medio dormido, no entendí qué sucedía; se detuvo a mi lado y levantó al muchacho que estaba atrás, lo jaló a él y a su compañero y, con fuertes gritos en serbio—croata, y a empujones, los sacó del autobús y arrancó enojado. Dejó a los dos muchachos en medio de un bosque en la oscuridad de la noche. Pasó un rato y no pude con la curiosidad de saber qué era lo que había provocado ese arranque de ira del conductor, por lo que pregunté en inglés a un pasajero al otro lado del pasillo. Según él, los jóvenes venían jugando sexualmente. Me explicó que ese comportamiento no era tan extraño entre adolescentes del mismo sexo, que les gustaba experimentar pues, eran bellos e inocentes, pero que el chofer parecía chapado a la antigua. Fuera de ese episodio romántico no sucedió nada más en el viaje de cerca de diez horas. No recuerdo que nos detuviéramos en revisiones militares; casi todo el trayecto era territorio serbio. Dormimos la mayor parte del tiempo hasta que llegamos a un pequeño poblado en la frontera con Grecia. Aún no amanecía y el lugar parecía un pueblo fantasma, quizá lo era, no se veía un alma. Pudo haber sido Strunica o Gevgelija, no

recuerdo, pero era un poblado de cruce entre Macedonia y Grecia.

Caminamos a la estación de trenes y nos sorprendió su inmenso tamaño comparada con lo pequeño del poblado, y nos dejó más asombrados el hecho de que no había ninguna otra persona en esos largos andenes. Encontramos por fin a un hombre medio dormido y malhumorado que atendía la ventanilla de boletos. Cuando le pedimos pasajes para cruzar a Grecia con dirección a Atenas, el hombre, sin moverse de su posición, hundido en un asiento que también usaba de cama, asomó su cabeza para decirnos un precio y murmurar en su lengua que, según lo que pudimos entender, tendríamos que esperar un tren.

Nos sentíamos tranquilos, estábamos a salvo de un peligro del que realmente nunca asimilamos su dimensión. Esperamos más de una hora pero nada sucedía. La estación seguía vacía, sin humanos que le dieran su razón de existir. Parecía sacada de nuestra imaginación, de manera que también parecía una fantasía el tren que esperábamos. Volvimos con el cajero de la ventanilla y de mala gana nos volvió a dar las mismas indicaciones; no había itinerario y debíamos esperar. Era bastante deprimente la situación, se sentían escalofríos al ver cómo la neblina desaparecía con la entrada de la luz del día.

Pero algo rompió ese angustioso silencio. En esa atmósfera brumosa, de la nada, en el pasillo largo y vacío de la estación, vimos a lo lejos a un hombre corriendo hacia nosotros con una joroba gigante y gritando en un idioma que no podíamos identificar. Ya más cerca pudimos verlo bien; estaba muy perturbado; una mochila —*back pack*— se tambaleaba en su espalda; parecía poseído y, por sus gritos, reconocimos que hablaba en inglés. Era un gringo joven que quizá, como nosotros, equivocó el camino.

CONTENIDO

COMO ES ARRIBA ES ABAJO.....	9
ESPERANTO	11
ACHE, Y, VE	23
EL CORRESPONSAL.....	29
MÁS VALE NUNCA QUE TARDE.....	33
LA MATA-HARI	39
EL NO MIEDO	49
EL PUENTE SIN FINAL.....	53
EL FRANCOOTIRADOR.....	57
ARENA Y SOMBRAS	61
IMPERMANENCIA DEL TODO	65
TEQUILA Cuervo	67
MI TERCER VIAJE A LOS BALCANES.....	71
INFIERNO EN KOSOVO	81
MARTINA.....	89
LLUVIA DE MISILES	91
LA PAZ FRÍVOLA.....	99
YABLENITZA	103
LA VIRGEN DE MEDJUGORJE.....	109
EL MENSAJE.....	111
PASAN TANTAS COSAS.....	115
LA CULPA	117
LA NOTA ROJA	119
LA EMPRESA	123
EL SALVOCONDUCTO.....	133
BELLEZA ESLAVA	137
¿EN PRIMERA CLASE?	141
BRUSELAS GRIS.....	143
EL FUNERAL.....	147
FIN DEL SHOW... ..	151
La Silver Cross... ..	155
NOTA DEL AUTOR.....	159

«LA SEÑAL DEL BURRO»

DE LUIS FERNANDO RODRÍGUEZ TORRES

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN ABRIL 2009 EN LOS TALLERES DE
CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE C.V. FERNANDO
SOLER No.50, FRACC. MARÍA CANDELARIA, HUITZILAC, MORELOS,
C.P. 62510 MÉXICO

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES